

Pregón Cartel
Semana Santa 2006

Juan José
Valencia
Tirado



*Real, Ilustre y muy Antigua
Archicofradía y Hermandad
del Santo Entierro de Cristo y
María Santísima de las Angustias
Campillos (Málaga)*



Quiero mirar hacia delante, sin dejar de mirar atrás. Muchas tierras he visto, pero ninguna como ese lugar. De allí vengo y de ella tuve que marchar.

Añoro lo vivido y es que no quiero olvidar. Que no dejaré que la vieja herida que en el corazón tengo termine de cicatrizar, porque mientras permanezca abierta con sangre escribiré mi voluntad.

Y que así sea, volver a estar. Volver al nido, como hace el ave viajera y que desde lejos viene a ti y te elige como remanso de paz.

Y que así sea, que tú seas mi final. El final de mi trayecto, mi último apeadero, el fin de mi final. Yacer entre los míos, hacerlo en este lugar.

Mientras tanto permaneceré firme, pues no es cuestión de distancia, sino del tiempo que ha de pasar. Estar convencido de que se cumplirán mis deseos, pero que también he de esperar.

Sólo me queda el consuelo allá donde me encuentro, de subir a lo más alto, perder la mirada, extender mi brazo, y con el dedo, tras el horizonte, poderte situar. Y allí me mantendré, con el equipaje lleno de sueños, atento hasta ver la señal, la que en estas fechas me sueles mostrar. Y hoy, hoy he visto tu señal, la que me indica que ...

...ya va llegando la hora, que ya se acerca el momento de volver sobre mis pasos, pequeños pasos y a veces pasos perdidos ..., que no parecen llegar a ningún lugar.

Y es que ..., cuán larga se hace la espera para aquellos que como yo, están cansados de esperar. Y que largo el camino de vuelta, para aquellos que como yo ... se encuentran en otra tierra, en otro lugar.

Y es que ..., cuán largo se hace un año cuando no se vislumbra su final, y la paciencia se torna enemiga ante las ganas de regresar.

Pero el tiempo pone a cada uno en su sitio y aún sabio y generoso ... es tiempo y necesita tiempo para avanzar. Y gracias al tiempo:

... ya llegó la hora,

... ya ha pasado un año,

... ya llegué a mi destino,

... ya encontré mi lugar.

Y ese lugar quiero recordarlo en primavera, siempre en primavera, siempre victoriosa ante un invierno que parece no querer marchar. Preludio de lo que allí se va a celebrar ... , el triunfo de la vida sobre la muerte, de la luz sobre la oscuridad.

Escenario sin igual ese lugar, inmejorable marco que la naturaleza, divina ella, en primavera, siempre en primavera, se esmera año tras año por recrear.

¡ Y la sitúa en una extensa llanura y la rodea de un verde mar de cereal, que el viento constante y altivo, no deja de peinar !

¡ Y la salpicará de charcas y lagunas, crisol de colores, de luces, ... de vida, que las aguas no dejan escapar !

*¡ Y para custodiar tanta belleza, un vetusto y elegante guardián:
El olivar. Cientos, miles de ellos, muchos más que los que una simple
mirada puede llegar a alcanzar !*

*¡ Y ahí, en campo abierto, reflejo blanco en el cielo, a la vista de
todos, yo también te quiero encontrar !. Y te nombro...:*

Refugio de mis deseos...

y testigo de mis esperanzas.

Protector de mis tesoros...

y cuerpo para mi alma .

*¡Y es que Campillos, tú eres ese lugar; tú, mi última morada; tú,
mi pueblo; tú, mi hogar; tú, mi edén... TÚ, MI PARAÍSO TERRENAL !*

*Mas, que decir de sus vecinos, de su gente: que es sencilla, pero
también, amable y generosa, afable y servicial, y cuya máxima virtud es,
sin duda, su hospitalidad. Que si durante todo el año hacen gala de ello, en
estas fechas, todavía lo reafirman con más ilusión, como sólo aquí lo saben
hacer.*

*¿ Y cómo no habría de ser ? Pues este pueblo siempre recibió con
los brazos abiertos a sus familiares, familiares que, por una u otra causa,
tuvieron algún día que marchar, gentes de bien que nunca dejaron de
mirar atrás, porque nunca quisieron perder su identidad.*

*Y hoy aquí, los unos y los otros, como se viniera haciendo desde
antaño, reunidos todos una vez más. Vástagos de aquellos que ya no
están, simiente de los muchos que vendrán... , pero todos con la misma
sabia, con la misma sangre que ya corriera siglos atrás. La misma que*

nos convierte en una gran hermandad, en un gran pueblo unido, que juntos vienen a celebrar y participar del más glorioso acontecimiento, que por primavera, siempre en primavera, la cuarta luna creciente nos viene a anunciar...

Y prepárate para ello, libera tu alma y purifícala, porque te llenarás de ese orgullo, que te sienta tan bien y te hace tan especial. ¡Porque campillero, tu raíz es grande, tu raíz extensa, y mejor la tierra donde vino a brotar !

- *Reverendo Cura Párroco y Director Espiritual.*
- *Excelentísimo Señor Alcalde.*
- *Ilmo. Sr. Teniente Coronel Jefe de la Xª. Bandera, nuestra Bandera Hermana.*
- *Dignísimas Autoridades.*
- *Miembros de las Corporaciones Nazarenas.*
- *Hermano Mayor de esta Real Archicofradía.*
- *Miembros de la Junta y Consejo de Gobierno.*
- *Paisanos y hermanos en la Fe de Cristo, con la venia.*

Alfonso, sean mis primeras palabras para ti, para agradecerte esas otras que tan amables y generosas has dicho sobre mi persona. Y a vosotros deciros, que es en estos momentos, cuando desde la lejana realidad de mi presente, soy más consciente de lo que se echa de menos tantas cosas que antes por cercanas podían carecer de importancia, pero que la tienen y mucho. Tanto que la nostalgia no me permite concebir otro pensamiento en el que no aparezcan mi familia, mi tierra, y por supuesto mi Hermandad. Y hoy aquí, en mi pueblo y entre mis vecinos, quiero decir que esté donde esté siempre seré un campillero más.

Y como decía Tierra, Familia y Hermandad: Conjunción inseparable que para cualquier campillero significa más de lo que cada una de estas palabras por si solas pudieran expresar. Simbiosis que nos lleva a evocar vivencias pasadas, acontecimientos ocurridos en torno a la celebración de la Muerte de Nuestro Señor.

Milagro que hace que un pueblo entero se vuelque ante un sentimiento común: la Fe y la Devoción hacia aquel que todo lo dio, a Jesús, al Dios hecho hombre, al Redentor... Y por María, que si Gracia y Esperanza, Socorro y Dolores, Lágrimas o Angustias:

- *Ella es sacrificio y comprensión.*
- *Es dolor reprimido, es dulzura y es compasión.*
- *Ella es madre, la Madre.*
- *Y como Madre de Campillos.*
- *Es la Reina del Mayor Amor.*

Y es que somos así, pero muchos son los que ponen el grito en el cielo ante nuestra forma de celebrar la Semana de Pasión. Para los ojos del profano, es igual a Fiesta. Muchos opinamos que no. Para el que se siente cofrade, tiene otro significado: Conmemoración. Y eso es de lo que se trata, aunque no se crea, de un Solemne Homenaje, de una sentida Exaltación. Que si diese a entender lo contrario, sólo puede ser atribuible al carácter alegre que Dios nos regaló.

Y es que este pueblo sueña, y quiere seguir soñando, y soñamos Semana Santa durante todo un año. Y que poco falta para que se haga realidad lo que tanto hemos esperado: Que ese sueño despierte de su largo letargo.

Día a día, la Cuaresma irá dejando sus hojas caer. Días de esfuerzos y días de trabajo porque ya no habrá marcha atrás. Y todo ha de estar preparado, y todo ha de ser perfecto para cuando llegue Él.

Y acicalamos nuestras calles: Real y Vallejos, Alta y Cruz Blanca, Molinos y San Sebastián, Puerta de Teba y Plaza de España.

Todas y cada una de ellas quieren ser y quieren transformarse en calles de Jerusalén, y convertir en Vía del Amor, la que Dolorosa fue.

Fachadas blancas que iluminen su cara, y aroma a flor recién cortada, que será bálsamo de vida ante una muerte anunciada.

Para ello tu pueblo se prepara y su gente se atavía con sus mejores galas:

- *Rojo pasión y verde esperanza, para recibirte entre ramos de olivos y palmas.*
- *Burdeos, para los que te acompañan como Dulce Niño, que ya desde pequeño tenía marcado su destino.*
- *Verde sobre blanco, para los que se aferran a la vida. Y los cubre el negro velo de tu muerte en la Cruz.*
- *Morado terciopelo, para los que te siguen en tu amargo dolor, y que el pesado madero dejó marcado en el suelo.*
- *Y negro, todo negro para el final de tu camino.*

Muchos colores sí, pero un mismo destino, un sólo pensamiento, un sólo corazón, un sólo espíritu; como él siempre quiso. Que nos haga olvidar nuestras diferencias, que nos una en la meritoria labor que se nos encomienda: la de avanzar juntos cada día, de hacer más próspera ésta que es nuestra patria chica, donde todos quepamos,

donde no se excluya a nadie. Siempre con el perdón y la razón por delante.

Y será así porque tuvimos buen maestro. Sigamos una vez más su ejemplo. No olvidemos que nuestra historia fue escrita con su propia sangre.

Por eso Señor, durante cinco siglos no entendió este pueblo otra forma de honrar tu memoria, de venerarte. Por eso te pedimos nos concedas la gracia de hacer de Campillos, un año más, el digno Trono de Nuestros Sagrados Titulares:

- *¡Y dichoso aquel que en tí crea!.*
- *¡Y dichoso aquel que siempre te espera!.*
- *¡Dichoso aquel que te vea!.*
- *¡Dichosos los que se arropan bajo tu palio divino de estrellas!.*
- *¡Y dichosa esta tierra que pisas, que tras tus pasos, se torna sagrada y se vuelve bendita!.*

Cinco siglos nos avalan, y digo bien que cinco siglos son, los que el tiempo viene a dar la razón a aquellos pioneros, llamémosles primeros campilleros, que si procedentes cada uno de ellos de diferente lugar, quisieron aquí unir sus fuerzas y juntos prosperar.

Y aquí establecieron sus familias, y aquí se quisieron como pueblo organizar. Quisieron la paz e iniciar su camino en la fe de Cristo, y quisieron hacer Iglesia y seguir a Jesús en sus diferentes misterios, y a María bajo alguna advocación, venerar. Y quisieron para ello crear cofradías y quisieron por eso hacer Hermandad.

Ha pasado mucho tiempo y creo, en mi humilde opinión, que lo que un día fue, permanece inalterado, y sigue siendo igualmente válido. Porque no se podría entender la historia de este pueblo sin la verdadera institución que ha organizado y vertebrado su vida. Sin cada una de sus hermandades, sin cada una de sus cofradías.

Bonita reliquia la que hemos heredado. Tradición del pasado que es orgullo y que se ha convertido en nuestro mejor tesoro y que para nuestros hijos será el mejor de los regalos. Y es que también nosotros alguna vez seremos pasado y también queremos ser bien recordados. Es por ello, que mantener la esencia de lo recibido será nuestro mejor legado.

Sean pues estas palabras un homenaje a aquellos primeros campilleros, que por bien recordados, nunca murieron. Un reconocimiento a los que hoy en día siguen sus pasos, a vosotros, y una invitación a los venideros para que continúen con este gran sueño.

Sueños..., sueños de hermanos dentro de una Hermandad, porque no hay Hermandad sin hermanos, como no hay hermanos sin historias que contar. Yo relataré la de aquel que siendo niño quiso iniciar su camino en la Fe de Cristo, de la mano y en el seno de esta Cofradía que también en la mía, la Real, Ilustre y Muy Antigua Archicofradía y Hermandad del Santo Entierro de Cristo y María Santísima de las Angustias, Ilustre sólo por aquellos entonces, como todavía reza el escalón de la entrada de su actual Casa-Hermandad.

Y lo hizo y no sabía porqué. Como no sabía que era lo que le empujaba a entrar a este Templo cada vez sus puertas se encontraban

abiertas y recorrer aquel pequeño trecho entre el bello pórtico de su entrada y la capilla que se sitúa a su derecha.

Y quedábase el niño todo quieto, plantado frente a ésta, y miraba la urna y dejaba de hacerlo porque decía él que le imponía respeto. Yo diría que era miedo. Y dirigía entonces sus infantiles ojos a ella, y no dejaba de contemplar su cara, esperando tal vez, le devolviese la mirada. Nunca fue así, tampoco hizo falta, el silencio fue su cómplice y con el silencio se hablaban.

Desde entonces aquel niño quiso seguirla y quiso que ella siempre lo acompañara. No era el único en su familia. Tampoco fue el primero. Unos ya lo hacían. Otros ya lo hicieron.

Y fue a los seis años cuando su mayor ilusión se vio colmada. No quiso dejar sola a la Señora y como era preceptible, vistió por primera vez su particular túnica negra.

Y digo particular porque ya le contaron, aunque él recuerda bien, que no fue hecha a medida y que fue la premura y las dudas de los que lo rodeaban, lo que obligaron a adaptar un vestido que ya fue usado para guardar el luto de algún familiar difunto.

Las artífices de tal hazaña: su madre; Magdalena, su abuela Elvira y su tía Mari Carmen. También su padre, Francisco tuvo sus quebraderos de cabeza. A él le tocó, no con menos prisas, buscar a alguien que hiciera el pequeño cinturón de pita, y que el apremio, una vez más, impidió tintar del amarillo reglamentario.

Llegó el gran día, y entre tanta gente, allí estaba él, en aquello que por aquí llaman Acompañamiento. Y sintió un orgullo especial y fue así porque lo hizo arropado por los suyos.

A un lado de la calle, su tío Antonio, en su memoria siempre presente; y al otro lado, su tío José, que años más tarde sería Hermano Mayor de esta Real Archicofradía. Y junto a ellos, también estuvo alrededor del Trono de María Santísima de las Angustias, si bien no terminó el recorrido... El sueño y el cansancio lo vencieron, pero se juró y perjuró que nunca más le ocurriría, y fiel a su voluntad, nunca lo ha hecho.

Pasaron los años y esperaba algo más porque necesitaba llenar ese vacío que aseguraba que tenía. Y ese algo más llegó la tarde de un Domingo cualquiera, pero que para él, sin sospecharlo y casi por casualidad se convirtió en un Domingo muy especial.

El niño como era de costumbres, se fue al fútbol. Y fue allí, en el antiguo campo de San Fernando, actual Colegio Manzano Jiménez, donde recibió el mayor y mejor de los presentes.

Acompañado de su padre, dio sus datos al que por entonces era secretario de la Hermandad y actual Mayordomo, José Romero, y pensó él: ¡Por fin, ya era oficial, ya era hermano del Santo Entierro!.

Cuantos Viernes Santos han pasado desde entonces. Pero ninguno como aquel Viernes Santo del año en el que contaba con algo más de quince eneros.

Ya lo intentó alguna vez cual si de un espontáneo se tratara, pero ésta era la definitiva, ésta era la buena. Diego Guerrero, el padre, y José Guerrero, el hijo, le abrieron las puertas, le dieron la oportunidad y él la quiso aprovechar. Seguro que se le iluminó la cara ese día, cuando le hicieron hueco en el Trono de Nuestra Señora, y le hicieron sitio en el varal.

Fue así como sus ganas quedaron saciadas, como su deseo se había cumplido, como su sueño se había hecho realidad... Como realidad fue la obligación auto impuesta de repetir la experiencia. Y fue él quien me dijo que así lo haría hasta que Dios lo reclamase o su cuerpo se quedase sin fuerzas. (...)

Hasta el día de hoy la historia de aquel niño ha ido creciendo con nuevas páginas llenas de innumerables recuerdos y no menos anécdotas. Podría contar alguna más, pero no dejarían de ser muy parecidas, por no decir igual a los de muchos de los que aquí nos damos cita. (...)

No creo que haya sido muy difícil de averiguar que lo narrado anteriormente eran pasajes de mi vida. No he querido mucho menos vanagloriarme de ello; sólo lo he citado por proximidad, como ejemplo de cómo las Hermandades nos marcan y forman parte de nuestro ser y que nos lleva a quererla y respetarla como una madre, y cuidarla y protegerla como a un hijo. Ese es el Ser del que se siente y es verdadero Cofrade. Y hoy, ante mí me congratulo de ver entre vosotros a muchos de ellos.

Cuanto lo vivido, pero todo ello no podría ser posible sin el incansable esfuerzo de una serie de personas, en ocasión pocas, que con su abnegado trabajo durante todo el año, hacen posible la continuidad y dan sentido a nuestras cofradías, y por consiguiente, a nuestra Semana Santa.

Y creo no equivocarme, pues durante mi paso por la Junta de Gobierno de mi Hermandad, pude conocer a muchas de ellas. Unas dentro de la misma Junta y otras, que sin pertenecer a ésta, hermanos o no, personas anónimas, han estado ahí cuando se ha necesitado de ellas.

Gentes cuyo estatus yo elevaría al de maravillosa, una categoría humana que define bien su callado sacrificio, pues no se puede precisar de otra forma el tiempo de su vida, que a costa en ocasiones de su propia familia, ellos dedican para que la gran mayoría podamos disfrutar estos días. Podría nombrar a muchos. De hecho, seguro que todos tendréis nombres en mente. Unos ya no se encuentran, otros viven el presente, pero no citaré a nadie, porque me olvidaría de algunos injustamente.

Y hoy aquí, y con el permiso de todos, me gustaría dedicarles el acto que nos ha traído hasta ésta, la Casa del Dios. Pues no he encontrado mejor escenario ni ocasión para compensarlos. Acto éste que el tiempo ha consolidado como tradición, cual es la presentación del Cartel que esta Real Archicofradía realiza, anunciando su estación de penitencia, en la noche del Viernes Santo.

Y agradezco que hayan confiado en mí para hacerlo, como yo confío estar a la altura con la ayuda de nuestro Señor. Ya es difícil igualar el listón de los que en este atril me precedieron, pero la lealtad a mi querida Hermandad me obliga al menos a intentarlo. Y es orgullo lo que

hoy siento, y veo ya lejos las dudas que en un principio me abrumaron; mas aún, cuando no soy ducho en este oficio, y ni mucho menos llego a ser, como ya dijese Francisco Caballero: “un aprendiz de escritor”. Sé de mis limitaciones y sólo después de templar el nervio y poner de acuerdo a mano y corazón, he creído que lo mejor que podía ofreceros eran mis sentimientos.

De todos es sabido mi devoción por Nuestra Señora de las Angustias, y he querido que junto a su hijo, en la noche de hoy, sea también una de las protagonistas, pues a ambos va dirigido este pregón hecho carta, carta abierta para todos, y que con vuestro beneplácito os leo. Dice así:

Madre, son muchos los años que día tras día contemplo tu cara afligida. Días en los que me hubiese gustado verte esbozar una pequeña sonrisa, ver tus ojos brillar como alguna vez lo hicieron, y esas lágrimas que desprenden, no fueran de tristeza y si de alegría.

Pero entiendo que la realidad pueda más que mis ganas, como entiendo que no te consuele nada que te diga que tu pena es mi pena y que tu angustia es la mía.

Sé yo, como bien sabes tú, que no soy nadie para justificar lo injustificable, pues ¿qué excusas pudieron dar aquellos hombres que, jugando a ser Dios, dispusieron de la vida del más grande de los hombres, de tu Hijo, del fruto de tu vientre?

Dos mil años han pasado y todo sigue igual, porque, ¿cuáles podemos dar hoy ante la barbarie cometida con nuestro semejante? ¿qué

es aquello que nos hace estar más preocupados en ahondar en nuestras pocas diferencias, que profundizar en lo mucho que nos une?

Banales argumentos son los que creemos nos hacen superiores a no sé quién. Pecados, diría yo, que grano a grano irán formando nuestro particular Calvario. Y respecto a todos, nadie puede llevarse engaño, pues cuántas veces nos habrás visto lanzar la piedra para después esconder la mano. Se que es así y si miento o me desdigo una sola vez y no tres, que cante el gallo.

Lo que si es innegable es que no bastó la muerte para doblegar al que dijo grandes verdades. Que quisieron callarlo porque dolió más lo que dijo que lo que hizo, pero el que es inocente, es inocente hasta después de la muerte.

Y no quisiera ser atrevido al decirte que no alces tu mirada buscando explicaciones del por qué tu hijo tuvo que ser el sacrificado. La respuesta la tienes enfrente. Fue por nosotros, fuimos y somos los grandes beneficiados y digo somos porque aún pasado el tiempo, sus palabras, para el que quiera escuchar, todavía resuenan bien alto.

Jesús nos invitó a seguirle, y nosotros, como herederos de aquellos que no sabían lo que hacían y creemos saberlo todo, debemos elegir nuestro destino. Cada cual con sus acciones, cada cual con sus hechos. Por lo que aquí hagamos, allí seremos juzgados. Que cada cual acuda ante el Divino con sus mejores credenciales, el día en el que todo haya acabado. Hasta ese momento, seguro haremos como que no oímos y como tantas veces hicimos, obviaremos el daño que se te hubo infringido, pero eso si, querremos cual desvalidos y como si no hubiese pasado nada,

que estés a nuestro lado y nos tiendas, una vez más, la mano en los momentos delicados.

Yo no soy una excepción, y también caí en la tentación. Pues cuántas veces me he servido de tu sincero auxilio, para seguir adelante, y cuántas veces como tantos otros, he necesitado tu ayuda para salir de algún apuro. Como todos y cada uno, suplicando por las cosas malas, que para las buenas ya nos bastamos con nosotros mismos. Y es que vergüenza siento al pensarlo.

Pero a pesar de ello, tú nunca me dejaste en el olvido y por eso he querido, en la hora en la que se enciende la noche y se apaga el día, darte las gracias por todo, para pedir perdón por lo ocurrido; por mí y por tantos arrepentidos. Pero sobre todo quiero que mis palabras sirvan para realzar la memoria del mejor de los nacidos y avive y cure tu alma rota, por el dolor contenido. Pues no creo que haya mayor orgullo para una madre que le hablen bien de su hijo, del hijo que tantas veces acunaste en tu regazo y que ahora es desprendido de tus brazos.

No estarás sola, seremos nosotros los que para siempre junto a ti permaneceremos, porque nos sentimos bien a tu lado; porque nos sentimos bien a su lado, mas déjate querer por este pueblo que quiere recibir su cuerpo para darle sepultura.

Y no temas más por Él, porque ya nadie le hará daño. Que nada tienen que ver éstos con aquellos que un día lo vitorearon para el otro traicionarlo. Los mismos que lo humillaron, lo insultaron y le dieron muerte en la cruz; de esa cruz de la que ya sólo pende el sudario.

Y deja que se acerquen a Él los que creen ser dignos hijos de Dios porque su muerte los hizo dignos.

Y deja que se acerquen a él los que han escuchado su voz, y con su muerte aprendieron que ante el fin sólo cabe la esperanza y no el temor.

Déjalos por una vez que lo besen en los pies y en las manos para cerrarle las heridas de los clavos.

Y déjalos que se acerquen a Él para besarlo en la cara y borren aquel con el que fue entregado.

Y déjalos que se acerquen a Él y besarlo en la frente para que de amor sea coronado, pues como delincuente murió y como rey quieren enterrarlo.

Introducirlo en una urna de cristal para que su cuerpo desnudo ni por el aire sea mancillado.

Nadie más lo tocará, por cuatro ángeles será guardado y velarán por su merecido descanso en la paz, porque el dolor ya ha pasado.

Verás tú, esclava y reina, desde tu privilegiado trono barroco y oro que el cielo representa, desde allí, desde donde todos somos iguales, desde donde no se ven las fronteras, como mi pueblo inclina la cabeza al paso de tu niño esculpido por la ignorancia, la sinrazón y la venganza; pero que se mantuvo firme y sereno ante el látigo y la tortura para cumplir

con lo escrito, lo que dictó el Padre y que Él se limitó a obedecer como un buen hijo.

Verás como lo elevan para que todos contemplen lo que han hecho con su cuerpo marcado por la ira dirigida con mano experta, vean en su cara trabajada con sufrimiento el sufrimiento de cada uno si tu hijo no hubiese hecho nada, y adivinen en su semblante que como cualquier otro hombre quiso tomar de la vida una última bocanada.

No le dimos la oportunidad, no se lo permitimos, que sólo pudo tragar llanto reprimido, y que su mal sabor cubrió de blanco y negro su agonía y de blanco y negro su recuerdo; de blanco y negro su voluntad y de blanco y negro su sueño. Y es por eso que vestiremos con luto la culpa que nos corroe el alma y marcharemos junto al Él hacia la gruta donde reposarán sus restos, portados con suave balanceo, o como dice el populacho con "talento y bien llevao"; como queriendo hacer uso de la poca dignidad y delicadeza que nos haya quedado, esperando tal vez el milagro de ver brotar de nuevo la vida del suelo calcinado. Y en verdad te digo Madre que tú también habrías de tener fe y creer en ello.

Mientras tanto el silencio se hará dueño de la noche..., sólo hablará el fuego, sólo hablará la saeta. Se liberarán los sentimientos, y llorará amargura el pueblo, llorará desconsuelo las velas que iluminan tu cara, y sangre los cirios de los que te acompañan.

Se consumará lo anunciado, y no todo habrá terminado. Tu hijo ganará la Gloria, los demás tendremos que seguir con la penitencia, penando por nuestro descaro; temiendo no por el que se va, sino por el que

se queda, pero al menos con la esperanza de haber tenido y seguir teniendo un espejo donde mirarnos.

Lo más difícil está hecho, pues Él nos dejó las puertas del paraíso abiertas. Lo fácil lo dejó en nuestras manos, de nuestra parte, de nuestra propia voluntad, porque sólo de nosotros depende cruzar o no su umbral. (...)

Madre, cómo me hubiese gustado empezar esta misiva de otra manera, diciendo tal vez que nada de lo mencionado ha pasado, que todo ha sido una pesadilla. Que tu hijo no está muerto, que sólo duerme y que gustaba hacerlo recostado sobre su lado derecho. Que reposaba su cansancio, y te lo diría en voz baja para no despertarlo.

Siento mucho lo ocurrido. No está en mi poder cambiar el pasado, pero si puedo decirte que queremos corregirlo, que por primavera, siempre en primavera podemos dar color a su sueño y hacerlo posible...

- *...pues la semilla que sembró en aquella llanura rodeada de un verde mar de cereal, salpicadas de lagunas y custodiada por un inmenso olivar ya hace tiempo está crecida,*
- *que su raíz es grande y que está regada con fe,*
- *que es un gran árbol con cinco ramas que son como cinco hermandades,*
- *que está dando sus frutos y que todos comemos de él,*
- *que cuidamos con esmero,*
- *quitando las malas hierbas,*
- *y dirigiendo sus tallos nuevos para no dejarlos a merced del viento.*

Y lo hacemos porque nos da la vida, es nuestra honra y modelo, y se ha convertido en nuestra esencia y en nuestra razón de ser.

Y ante Él, María, yo te digo, con el corazón en la mano, que tu hijo es mi esperanza de vida eterna, sombra en la que cobijarme, y refugio de mis alegrías y mis penas. Y por eso quiero darle las gracias:

- *por hacernos ser como somos,*
- *por la familia que me ha regalado,*
- *por los amigos que tengo,*
- *por la mujer con quien comparto mi vida,*
- *y por ser Él testigo de ello,*
- *por el retoño que esperamos,*
- *por la gran rama que me sustenta,*
- *por este gran tesoro que es mi pueblo y es mi tierra,*
- *por permitirme cada mañana ver su cielo,*
- *y sentirme cada día más orgulloso de ser CAMPILLERO y HERMANO DEL SANTO ENTIERRO.*

GRACIAS

Juan José Valencia Tirado